

## Garcilaso Egl. II v. 1085. Una nueva lectura y su ascendencia clásica

Sería correcto comenzar este pequeño artículo pidiendo disculpas a los especialistas por la osadía de introducirme en un terreno que no me es propio sin más méritos que los de ser una lectora, admiradora y entusiasta sí, de la obra de Garcilaso; pero al estudiar la presencia de Tibulo entre otros en nuestro gran poeta del Renacimiento<sup>1</sup>, releer sus poesías y leer a sus comentaristas he podido advertir la obscuridad y pobreza de un verso que se mantiene inalterado en todas las ediciones que he visto<sup>2</sup>, y que pienso hay razones para cambiar. Es el verso 1085 de la Egloga II. El terceto en que se halla es el siguiente; y el endecasílabo que debe substituirse es el último:

La luna de allá arriba bajaría  
si al son de las palabras no impidiese  
«el son del carro que la mueve y guía»

Herrera en sus Comentarios, nota 645<sup>3</sup> aduce la fuente tibuliana del terceto. Dice así: «Tibulo en la elegía 9 del

1 Cf. *Presencia de Tibulo*, Discurso leído en la solemne apertura del curso 82-83 (Murcia 1982).

2 Por ejemplo, además de las antiguas, *Garcilaso*. Clásicos Castellanos n.º 3, ed. Navarro Tomás (Madrid 1935); *Garcilaso. Obras*. Prólogo de Antonio Marichalar (Madrid, Espasa Calpe, 1935); *Garcilaso de la Vega. Obras Completas*, ed. de Elías L. Rivers (Madrid, Castalia, 1964); *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, ed. de Antonio Gallego Morell (Madrid, Gredos, 1972); *Garcilaso de la Vega. Poesías castellanas completas*, ed. de Elías L. Rivers (Madrid, Clásicos Castalia, 1979); *Garcilaso de la Vega. Poesías castellanas completas*, 7 ed., ed. de Consuelo Burell (Madrid, Cátedra 1981).

3 Publicados en 1580; cf. ed. de Gallego Morell, p. 534.

libro I» —en las ediciones modernas las 8, ya que la numeración herreriana responde al desglose de una en dos—

Cantus et e curru lunam deducere tentat,  
et faceret, si non aera repulsa sonent,

y traduce fielmente

El canto bajar tienta de su carro  
la luna, y lo haría si callasen  
los metales heridos.

Hasta aquí Herrera; nada más añade su comentario.

Azara, nota 104<sup>4</sup> expone: «Pensamiento tomado de Tibulo, *lib. I Elegía 8*» y de nuevo ofrece los versos tibulianos citados.

Tamayo de Vargas, nota 132<sup>5</sup>, comentando el pasaje desde más arriba

Este cuando le place, a los caudales  
ríos el curso, etc.

ve semejanzas con los poderes que confiesa tener *Enothea* en Petronio. Así aparecen en Tamayo los versos petronianos<sup>6</sup>:

Cum volo, etc... mihi pontus inermes  
submittit fluctus, Zephyrique tacentia ponunt  
ante meos sua flabra pedes, mihi flumina parent, etc.  
Lunae descendit imago  
Carminibus deducta meis, trepidusque furentes  
flectere Phoebus equos revoluto cogitur orbe.  
Tantum dicta valent.

y en nota 133<sup>7</sup> dice textualmente: Poco después:

«El son del carro que la mueve y guía»

Así está este verso en todos los papeles antiguos de mano, y impresos; de esta lección corruptísima:

«El son del hierro que la tierna y vía».

4 Publicados en 1765; *ibid.*, p. 677.

5 Editados en 1822; *ibid.*, p. 640 s.

6 Petronio 134, 12.

7 Ed. Gallego Morell, p. 641.

de papeles de Don Diego de Mendoza, leía muy bien Don J. de Fons <sup>8</sup>, así:

«El son del hierro que en la tierra había».

Que hace buen sentido con la alusión a la costumbre que observa el Scholiaste de Teócrito, del ruido que se hacía en los defectos de la Luna: *Aeris enim sonitu in Lunae defectibus obstrepebant, atque etiam in iis qui de vita migrabant: as (aes) siquidem purificationibus et piaculorum expiationibus utile credebatur*. Que los latinos dijeron: *aera pulsare in laboribus Lunae*.

«El maestro Sánchez», añade Tamayo, «entendió doctamente esto con Tibulo el. 8 *lib. I*». A continuación aparece de nuevo el dístico ya citado.

No fue el maestro Sánchez sino Herrera el que observó la fuente tibuliana. El Brocense, nota 182 <sup>9</sup>, comentando todo el pasaje que comienza

A aqueste Phebo no le escondió nada

aduce varios testimonios: Sannazaro *Prosa* 9: Et con suoi incantamenti inviluppare il cielo di oscuri nuvoli, e á sua posta ritornarlo ne la pristina chiarezza, e frenando i fiumi rivoltare le correnti acque á i fonti loro. Y más abajo: Et imporre con sue parole legge al corso de la incantata Luna, e di convocare di mezzo giorno la notte. Todos lo toman de Ovidio en el 7 *Metam.* donde dice Medea:

Quorum ope quum volui, ripis mirantibus amnes  
In fontes rediere suos: concussaque sisto,  
Stantia concutio cantu freta: nubila pello,  
Nubilaque induco, ventos abigoque, vocoque (199-202).

Et infra:

Te quoque Luna traho, quamvis temerata labores  
Aera tuos minuant, currus quoque carmine nostro  
Pallent, ac pallet nostris Aurora venenis (207-209).

<sup>8</sup> D. Juan de Fonseca y Figueroa. Este comentario al que alude Tamayo lo he encontrado en unas páginas manuscritas de la Biblioteca Nacional, que creo autógrafas y que tengo la intención de publicar por el interés que tiene el hallazgo. Dice ahí Fonseca entre otras cosas: «Este verso (*el son del carro que la mueve y guía*) está corrompidísimo y me maravillo que no lo aian observado los doctos que comentaron este poeta».

<sup>9</sup> Publicado en 1574; cf. ed. de Gallego Morell, p. 293.

y Virg. en el 4 de la *Eneid.*:

Sistere aquam fluviis, et vertere sidera retro.

Ariosto, *Canto 43, estan. 21*:

Ella sapea d'incanti e di malie  
 Quel que saper ne possa alcuna maga:  
 Rendea la notte chiara, oscuro il die  
 Fermava el Sol, facea la terra vaga.  
 Non potea trar però le voglie mie,  
 Che le sanassin l'amorosa piaga  
 Col rimedio che dar non le potria  
 Senz'alta ingiuria de la donna mia <sup>10</sup>.

Para nada, pues, nombra el Brocense a Tibulo, y en cuanto al terceto del que forma parte el endecasílabo en cuestión, es indudable que Herrera tenía razón. Procede directamente de Tibulo I 8 y no de Ovidio, ni de Sanazzaro, ni de Ariosto. Y el verso que aparece en los comentarios de Tamayo (*el son del hierro que en la tierra había*) —y nos sorprende que pese a publicarse éstos en 1622 no se haya incorporado a las ediciones <sup>11</sup>— es el que debe substituir al no correcto *el son del carro que la mueve y guía*.

\* \* \*

El verso corruptísimo del cartapacio de Don Diego de Mendoza se explica perfectamente por una deficiente lectura de un manuscrito de descuidada caligrafía, pues paleográficamente se justifican sin lugar a dudas pasos como el de *ierro* a *carro*, *tierra* a *tierna*; y donde *via* no es más que *avía* escrito, naturalmente, sin la *a* inicial por elisión; y cuyo signo de elisión, quizá marcado exageradamente, pudo provocar la confusión con una *i*. Al mismo tiempo *que en la*, con otra elisión y posterior asimilación, no haría difícil una evolución a *que la*. La corrupción del verso debió ser muy antigua y muy pronto también su mala compren-

<sup>10</sup> Los versos de Ariosto a que hace referencia no los incorpora en su comentario el Brocense.

<sup>11</sup> Sólo Rivers recoge este verso, aunque no lo adopta; se lee en las *Variantes* (p. 236), citando a Tamayo en la edición de 1964; en la de 1979 en nota a pie de página 168 trata de explicarlo. Dice: «Se suponía que la luna se trasladaba por su órbita en un carro, y que el ruido que hacía éste le impedía que le llegaran las palabras de Severo.

sión llevaría a intentar dar inteligibilidad al texto; *el son del carro que la tierna i via* pasó a *el son del carro que la mueve y guía*, donde *mueve* sería la conjetura más osada al no tener correspondencia paleográfica alguna con el verso.

La no existencia de manuscrito alguno que nos transmita la egloga II haría que toda la autoridad procediese de las ediciones y sobre todo de las antiguas; sin embargo incógnitas no resueltas permiten dar valor extraordinario a las noticias de Fonseca y Tamayo, pues, por una parte, se dice que las obras poéticas de Garcilaso fueron enviadas a Boscán para que él las «dexase como debían de estar», pero que la muerte le sorprendió sin que tuviese tiempo de pulir y limar el «libro cuarto» que debería contener la obra del toledano. Por otra parte, Boscán debió poseer varios autógrafos de su amigo, los dedicados a él, y quizá otros también (no sabemos si la Egloga II, pero éstos a su vez estarían en posesión de las personas a quien iban destinados). Garcilaso pudo guardar copia de su obra, pero podría igualmente haber conservado tan sólo el borrador original con correcciones y tachaduras, lo que pudo originar una cadena de errores; no se sabe quién entregó a Boscán los manuscritos del poeta; quizá su esposa, pero también pudo enviarle una copia apógrafa; según Herrera, Don Antonio de Puertocarrero tenía algunas obras de su «suegro», copia hecha quizá sobre borradores y por tanto con posibles errores. No existen tampoco pruebas de que Boscán no corrigiese el texto; quizá llevase a la imprenta una copia hecha por él mismo en la que pudo corregir e incluso hacer textos taraceas cotejando diversas versiones; pero quién sabe si todo el material no fue a la imprenta, donde los cajistas harían con él mil barbaridades en la lectura <sup>12</sup>.

De ahí que se deba aceptar, como propugna Blecua, el que no haya más remedio que *corregir los presuntos errores por lógica, como lo hicieron los antiguos comentaristas* <sup>13</sup>.

Es evidente que lógica y sobre todo ciencia filológica hay en el trabajo a que me estoy refiriendo, y lógica y funda-

12 Tomo estos datos de Alberto Blecua, *En el texto de Garcilaso* (Madrid, Insula, 1970) pp. 1, 2, 148, 177-79.

13 *Ibid.*, p. 148.

mentos objetivos me parece que hay en la defensa de la substitución del verso 1085 que yo propugno, y que hace justicia al conocimiento que de los clásicos tenía Garcilaso <sup>14</sup>.

\* \* \*

En la historia y poesía antigua muchos son los testimonios que hacen referencia a que la magia, los ensalmos (*carmina, voces, cantus*, las *palabras* en el texto de Garcilaso y que sólo deben ser entendidas en el sentido de fórmulas mágicas) podían conseguir que la luna descendiese del cielo, siendo éste el más grande o uno de los más grandes poderes de magos y hechiceras; de ahí que suele aparecer al final de la enumeración de tales poderes. Y esto era así porque precisamente, se pensaba, la espuma que la luna arrojaba sobre la hierba cuando descendía era aprovechada para sus fines por estos personajes. Igualmente se decía que la luna se negaba, se resistía a descender y que en ello podía ser ayudada desde la tierra con el ruido de metales, bronces, hierros, etc.

Los eclipses de luna, como fenómeno extraordinario causaba estupor, miedo ante lo desconocido, antinatural, y como el sonar de objetos metálicos se consideraba ahuyentador del peligro, a él se solía recurrir cuando el fenómeno acaecía. Muy pronto también se debió considerar los eclipses de luna como si la luna descendiese del cielo, y se pensó que era en Tesalia, patria de la magia por excelencia, donde se intentaba con ensalmos lograr el descenso <sup>15</sup>.

El dístico tibuliano I 8, 21-22, fuente de Garcilaso, revela a todas luces que la hechicera podría conseguir bajar del

14 Piénsese que como dice R. Lapesa (*La trayectoria poética de Garcilaso*, 2 ed. corregida [Madrid 1968] p. 122) en esta Egloga 2 la cuarta parte del poema está integrada por imitaciones de Virgilio, Terencio, Catulo, Ovidio, Silio Itálico, Tasso, Ausias March, Juan de Mena y *La Celestina*; un total de 5 clásicos latinos además de Tibulo. «Creación sabia, llena de reminiscencias cultas reelaboradas» es esta égloga, en palabras del sabio filólogo.

15 Una sucinta pero clara exposición del hecho nos la da J. Luis de la Cerda en su comentario a la égloga 8, v. 69 de Virgilio (*P. Virgillii Maronis Bucolica et Georgica*, Argumenta, Explicationibus, Notis illustrata. Auctore Io. Ludovico de la Cerda Toletato [Lugduni 1619] p. 147): *Deduceretur maxime a Thessalis: rubebat tunc in modum sanguinis: contrudebatur quo vellent magae: coge batur despumare in herbas, et haec maxima caussa, cur deduceretur, nam illis spumis veneficae utebantur: negabat, repugnabatque Luna: laboranti illi subveniebant mortales cymbalorum crepitu, et tinnitu: deducebantur alia astra.*

cielo a la luna, y que lo conseguiría si no se opusiese a ello el sonido de los bronces golpeados; el bronce aparece, pues, como fuerza que contrarresta el poder del conjuro, o que impide que el conjuro llegue a la luna.

Pero no bastaría este ejemplo solo para defender la substitución del verso 1085 y la necesidad de leer *el son del hierro que en la tierra había*. Garcilaso con la libertad que confiere la poesía podía haber variado a su gusto el texto imitado. Sin embargo es todo el cúmulo de pasajes de la literatura griega y latina, es toda una tradición cultural, y es el perfecto conocimiento del mundo clásico por parte de Garcilaso lo que lo fundamenta.

\* \* \*

No voy a mostrar aquí todos los pasajes en que de alguna manera aparecen textos paralelos, pero sí intento dar una nutrida muestra que me ha parecido de utilidad.

Podemos empezar por Platón. En el *Gorgias*, 513 a, Sócrates aconseja a Calicles que se identifique, que se haga lo más semejante al pueblo en que vive para granjearse su amistad y tener poder sobre la ciudad, con el fin de que no le ocurra lo que les pasa a las mujeres tesalias que tratan de hacer descender a la luna: τοῦθ' ὄρα εἰ σοὶ λυσιτελεῖ καὶ ἐμοί, ὅπως μὴ, ὦ δαιμόνιε, πεισόμεθα ὅπερ φασὶ τὰς τῆν σελήνην καθαιρούσας, τὰς θετταλίδας.

Con ello se refiere a que se decía que estas mujeres dedicadas a la magia podían quedar ciegas o cojas, o lo que es lo mismo que ellas podían sufrir también el maleficio, como se verá más adelante a propósito de Teócrito.

En Aristófanes *Nubes* 749-52, lamentando Estrepsíades tener que dormir en una cama llena de chinches, Sócrates le recomienda pensar en algo sutil que debe estudiar y sobre lo que debe reflexionar. Estrepsíades tiene la idea genial de esconder a la luna para no pagar los intereses ya que su pago había de hacerse cada mes. Así dice:

γυναῖκα φαρμακίδ' εἰ πριάμενος θετταλὴν  
καθέλωμι νόκτωρ τὴν σελήνην, εἴτα δὴ  
αὐτὴν καθείρξαιμ' ἐς λοφεῖον στρογγύλον,  
ὥσπερ κάτοπτρον, κᾶτα τηροῖσιν ἔχων

«Si contratase una hechicera tesalia e hiciese bajar la luna por la noche y la guardase después encerrada en un estuche redondo, y como si fuese un espejo la observase...».

Sosífanos, según noticias del escoliasta <sup>16</sup> de Apolonio de Rodas, trató el tema. Estos son los versos:

μάγοις ἐπιφθαίς πάσα Θεσσαλὶς κόρη,  
ψευδῆς σελήνης αἰθέρος καταβάτις

Con mágicos encantamientos toda muchacha de Tesalia, que hace descender falazmente a la luna del éter.

Menandro, a decir de Plinio *N.H.* 30, 7, también trató este tema. Se admira Plinio, después de hablar de la magia y magos famosos en la antigüedad, entre ellos de Circe, y de la poca atención prestada a estos temas por Homero, de que todavía Menandro titulase *Thessala* a una comedia (*fabulam*, aunque existe la variante *famulam*) que trataba de los ambages de las que hacían descender a la luna: *Mirror equidem... ut Menander quoque litterarum subtilitati sine aemulo genitus Thessalam cognominaret fabulam complexam ambages detrahentium lunam.*

Apolonio de Rodas III 533 entre otros poderes de Medea menciona el que tiene sobre los astros y la luna:

ἄστρο τε καὶ μῆνης ἱερῆς ἐπέδησε κελεύθους

«Encadena a los astros y las rutas de la sagrada Luna».

Teócrito es sin duda la fuente más importante de todo lo que después se hizo en este sentido; en el *Idilio* II (Φαρμακεύτρια) vv. 35 s. nos muestra un ejemplo un poco diferente al de Tibulo, pero cuya relación con el contexto tibuliano y otros que aduciremos es evidente, pues refleja que Simeta ha hecho ya descender a la luna del cielo, pero que también ella puede caer bajo los poderes maléficos que conlleva este hecho; una manera de ahuyentar de sí el peligro es acudir a los ruidos metálicos, y así lo ordena:

Θεστολί, ταὶ κόνες ἄμμιν ἀνά πτόλιν ὠρόονται  
ἂ θεός ἐν τριόδοισι τὸ χαλκῆον ὡς τάχος ἄχει.

<sup>16</sup> El escoliasta de Apolonio (*ad* III 533) refiere que las hechiceras hacen bajar a la luna y aduce los versos de Sosífanos en *Meleagro*.



«Testilis, ya están las perras por la ciudad ladrando; la diosa está en las encrucijadas. Golpea los broncees rápidamente»<sup>17</sup>.

Las perras, pues, cortejo de la Luna-Hécate, advierten de la llegada de la diosa. De esta manera lo interpreta muy bien Gow<sup>18</sup> acudiendo a los testimonios de Plut. 994B, Alex (Aphr.) 2, 46, Friedlaender a Juvenal 6, 441, P.M.G. *Orph. Arg.* etc.

Sin embargo es la literatura latina la que más y mejores ejemplos ofrece de pasajes donde la magia y en concreto este hacer descender a la luna del cielo aparecen. Y es Virgilio, en la Egloga 8, 69, el que en boca de Alfesibeo dice entre otras cosas:

carmina vel caelo possunt deducere lunam<sup>19</sup>.

Horacio en varias ocasiones muestra ejemplos de magia. En el Epodo 5 aparece una terrible y espantable escena protagonizada por la hechicera Canidia con la que colaboran otras magas; una de ellas era Folia, de Arimino,

quae sidera excantata voce Thessala  
lunamque caelo deripit (vv. 45 s.)

«que a los astros atraídos por conjuro tesalio y a la luna arranca del cielo».

17 El escolio a Teócrito al comentar la utilización del bronce en los eclipses aduce el testimonio de Apolodoro ἐν τῷ περὶ θεῶν (fr. 36 Mueller *F.H.G.* I, 434) de que en conjuros y purificaciones se servían de él.

18 Cf. *Theocritus*, edited with a translation and Commentary by A.S.F. Gow, Cambridge University Press 1952, en II p. 43, donde afirma que el choque de los metales es bien conocido por tener fuerza apotropaica, aparta los males, y es usado con este propósito en los eclipses para ahuyentar los efectos dañinos que causa éste. Recoge lo que dice Plutarco *Mor.* 944 B: tiene la costumbre la mayoría de hacer chocar en los eclipses objetos de bronce y hacer ruidos y crujidos contra los espíritus. Por eso, dice Gow, la maga que ha logrado sus planes, quiere apartar el peligro de sí misma; por tanto atrae y aparta desde una magia apotropaica. Añade otros testimonios: «Alex (Aphr) *prob.* 2, 46 (Ideler *Phys. gr. Min.* I, 65): chocan objetos de bronce y hierro todos los hombres para rechazar los espíritus malignos. Los *Papyri graecae magiae* (K. Preisendanz, Leipzig 1928, 1931), dice también Gow, recomiendan que observen los preceptos en bien propio los mismos que utilizan la magia (4, 2110 y 2507), y en 4.2296 se dice que el rombo y el bronce (ῥομβος y χαλκίον) son usados con fines completamente opuestos. Es evidente, pienso, que este sería el origen de la utilización del bronce, aunque desde muy pronto se interpretaría del modo que aquí estamos viendo, para ayudar a la luna.

19 En *Eneida* 4, 487-91, ejemplo magnífico de belleza y concisión se especifican los poderes de Masyla; puede verse también *Georg.* 2, 478 y *Aen.* 1, 742.

En el epodo 17, en la palinodia que Horacio dirige a la hechicera Canidia, alude a los *carmina* capaces de *devocare sidera*; por ellos él, suplicante, le pide que abandona sus conjuros:

Supplex et oro...  
per atque libros carminum valentium  
refixa caelo devocare sidera.

De astros en general y no de Luna se habla aquí; sin embargo en el mismo epodo, y en boca de Canidia en respuesta a Horacio, es mencionada la luna: «...y yo, que como tú mismo sabes, indiscreto<sup>20</sup>, del cielo arrancar a la luna con mis ensalmos puedo» (vv. 76-77).

Igualmente las elegías de Propertio dan ejemplos similares. Veamos dos. En 2, 28, 37, elegía en que deplora la enfermedad de su amada, al lamentar que los poderes de la magia están fallando, dice entre otras cosas: «y ya la luna se niega a descender tanto del cielo».

Considerando Propertio el descenso como favorable, según la idea de que la espuma que ella dejaba en la hierba era utilizada por las hechiceras para sus *trabajos*.

En 4, 5, 13, elegía contra Acántide, especie de bruja celestinesca, el elegíaco cuenta entre sus poderes y osadías el imponer leyes a la luna: «Podría, osada, imponer leyes a la encantada luna».

El que la luna se opone a descender del cielo aparece en Ovidio también repetidamente. En la *Heroida* 6, 85 s., Hipsípila en su carta a Jasón, que ha traído consigo a Medea, refiriéndose a la nueva esposa dice: «Se esfuerza ella en desviar de su curso a la luna que se resiste».

Y en *Met.* 4, 332 hay una alusión explícita al auxilio de los broncees, aunque éste sea en vano; que se trata de un eclipse se deduce claramente del *rubenti*; como el color que toma la luna en estos casos es el color de Hermafrodito: «Este es el color de la luna sonrojada bajo su blancura cuando retumban en vano los broncees que quieren auxiliarla».

<sup>20</sup> El *curiosus* que puede traducirse por «curioso», «indiscreto», etc., tendría con seguridad unas connotaciones singulares para los lectores de la época de Horacio, puesto que este término tiene también la acepción de «flaco» y sugeriría sin duda el *cognomen* del propio poeta.

Y en *Met.* 7, 207 éste es uno de los poderes de los que se jacta Medea, así como el que los bronces, en este caso los famosos de la ciudad de Témesa, le ayudan en sus esfuerzos: «A ti también, Luna, te arrastro, aunque los bronces de Témesa alivien tus sufrimientos». Otros ejemplos similares pueden verse, aunque con algunas variantes, en *Met.* 12, 264, *Fast.* 3, 317, *Med. Fac.* 41 s., etc.

Una alusión al sonar de bronces aparece en Manilio 1, 227 en un pasaje en que se sirve del ejemplo de la luna para demostrar que la tierra no es plana sino redonda.

Dos lugares magníficos de Séneca hacen referencia a ello. Uno es el de *Fedra* vv. 417 ss. en donde la nodriza, en una tirada de trimetros yámbicos, suplica a la diosa Diana —aquí en sincretismo con la Luna— que doblegue el pecho de Hipólito, deseándole a ella en esta plegaria toda clase de bienes, entre ellos que los conjuros tesalios no la hagan bajar del cielo:

Huc vires tuas  
intende: sic te lucidi vultus ferant  
et nube rupta cornibus puris eas,  
sic te regentem frena nocturni aetheris  
detrahere numquam Thessali cantus queant...\*

«Concentra aquí todas tus fuerzas. Así te anuncie tu resplandeciente rostro, y rasgadas las nubes camines con cuernos brillantes, así a ti, que riges las riendas del nocturno éter, jamás los cantos tesalios puedan descenderte».

Y en *Medea* 787-96 el canto en dimetros anapésticos de la protagonista amplifica la materia tratada, teniendo los bronces un lugar primordial:

Video Triviae currus agiles  
non quos pleno lucida vultu  
pernox agitat, sed quos facie  
lurida maesta, cum Thessalicis  
vexata minis caelum freno  
propiore legit. sic face tristem  
pallida lucem funde per auras,

\* Damos la traducción de estos pasajes porque se piensa que este trabajo puede interesar especialmente a filólogos, que no dominan los matices de la lengua latina.

horrore novo terre populos  
 inque auxilium, Dictynna, tuum  
 pretiosa sonent aera Corinthi.

«Veo el ligero carro de la Trivia, no el que de noche conduce iluminada en su rostro pleno, sino el que conduce lívida con triste faz cuando atormentada por amenazas tesalias recorre el cielo apretando más la rienda. Esparce así la sombría luz de tu pálida antorcha a través de las auras, con nuevo horror aterroriza a los pueblos, y en tu auxilio, Dictina, suenen los preciosos bronces de Corinto».

Los poderes de las magas, inferiores empero a los de Ericto, se ofrecen en Lucano 6, 499 ss.

Illis et sidera primum  
 praecipiti deducta polo, Phoebeque serena  
 non aliter diris verborum obsessa venenis  
 palluit et nigris terrenisque ignibus arsit,  
 quam si fraterna prohiberet imagine tellus  
 insereretque suas flammis caelestibus umbras;  
 et patitur tantos cantu depressa labores  
 donec suppositas propior despumet in herbas

«Ellas por primera vez hicieron descender los astros del tornátil cielo, y la serena Febe como constreñida por crueles venenos de ensalmos palideció y ardió en negros y terrenos fuegos, como si la tierra estuviera privada de la imagen del hermano e interpusiese sus sombras en las celestes llamas, y soporta tanto trabajo obligada a bajar por el conjuro, hasta que ya muy cerca arroja su espuma en las hierbas en que posa».

Marcial no es una excepción en cuanto a aludir a la magia. En 9, 29, 9, un epigrama en que habla de la muerte de Filenis, afirma que no habrá quien haga bajar a la luna con ayuda del mágico rombo:

quae nunc Thessalico lunam deducere rhombo,

y en 12, 57, 16 s. dice:

Numerare pigri damna quis potest somni?  
 Dicet quot aera verberent manus urbis  
 cum secta Colcho luna vapulat rhombo.

«¿Quién podría enumerar los males de un sueño que no llega? Se podría decir que son tantos como bronces hacen sonar las manos de un pueblo cuando guiada por el rombo colcho es vapuleada la luna».

comparación que debía ser muy elocuente para su público.

Algo semejante podría deducirse de Juvenal 6, 440 ss. cuando, con el antifeminismo de que hace gala, considera que las palabras de una mujer que hace alardes de entendida en literatura hacen innecesario el ruido de los bronces, pudiendo ella sola, como si de miles de bronces se tratara, ayudar a la luna:

verborum tanta cadit vis  
tot pariter pelues ac tintinnabula dicas  
pulsari. Iam nemo tubas, nemo aera fatiget  
una laboranti poterit succurrere lunae.

«Tal aluvión de palabras cae, tantos calderos y cencerros dirias sacudidos a un tiempo. Nadie toque ya las trompetas, nadie fatigue los bronces: Una sola mujer será capaz de socorrer a la luna que se esfuerza».

Estacio en el libro 6 de la *Tebaida*, dedicado como es sabido a los juegos, acude en los versos 685-88 al símil de la luna que desciende sobre la tierra para ilustrar la bajada del disco lanzado por Flegias. Dice así:

sic cadit, attonitis quotiens avellitur astris,  
Solis opaca soror; procul auxiliantia gentes  
aera crepant frustra que timent. at Thessala victrix  
ridet anhelantes audito carmine bigas.

«Así cae, cuantas veces es arrancada de entre los atónitos astros, la opaca hermana del sol; lejos hacen resonar las gentes los bronces que tratan de ayudarla y en vano temen, pero la tesalia vencedora se ríe de los corceles jadeantes, una vez oído el conjuro».

Petronio 134, 12 en boca de Enotea hace una relación de los poderes de la magia que ella posee y enumera, diciendo en los hexámetros 14 s.:

Quid leviora loquor? Lunae descendit imago  
carminibus deducta meis,

«¿Por qué refiero algo tan insignificante?» (el que le obedecen tierra, vientos, agua, animales). «El disco de la luna baja del cielo obligado por mis conjuros».

Se deduce pues de ello que este poder, lo mismo que el de hacer girar hacia atrás al sol, que viene mencionado después, son los más valiosos para ella.

Plutarco en varias ocasiones hace referencia al poder de las magas tesalias. En *De Pythiae oraculis* 400 B lo utiliza como símil con cierta ironía; como las tesalias, dice, tú haces descender a la luna y al sol. Y en *De defectu oraculorum* 416 F, al hablar de la costumbre de algunos de introducir a la divinidad en los asuntos humanos, repite que «como las tesalias que hacen descender a la luna». Añade el origen de la creencia en estos poderes diciendo que fue Aglaonice, hija de Hegetor, la que, perita en astronomía, cada vez que se producía un eclipse hacía creer que era ella quien hacía descender a la luna.

En Apuleyo *Met.* 1, 3, 1 el narrador oye hablar a dos personas, una de las cuales rechaza la incredulidad de su interlocutor exclamando: tan verdadero como si alguien pretendiese afirmar: «basta un murmullo mágico» (*magico susurramine*) «y es posible», entre otras muchas cosas que enumera, *lunam despumari*, es decir que la luna, una vez en el suelo, arroje su espuma sobre la hierba.

También los historiadores transmiten directa o indirectamente la creencia en estos poderes y el temor ante los descensos-eclipses de la luna. Así Tucídides 7, 50, 4 da un claro ejemplo de la superstición cuando, estando el ejército ateniense dispuesto a abandonar el campo de batalla por mar, Nicias decide no marchar y acudir a la interpretación de los adivinos al acaecer un eclipse: Este caso fue muy célebre en la antigüedad; lo menciona Pol. 9, 19, Diod. 13, 12, 7, Plut. *Nic.* 23.

Livio 26, 5 es más elocuente al referir la costumbre de provocar grandes ruidos con los bronces en los eclipses de luna, lo que utiliza también como símil para dar idea del ruido que se estaba produciendo: *Proelium non solito modo clamore ac tumultu est coeptum, sed ad alium virorum, equorum armorumque sonum disposita in muris Campanorum inbellis multitudo tantum cum aeris crepitu, qualis in defectu lunae silenti nocte cieri solet, edidit clamorem, ut averteret etiam pugnantium animos.*

En Tácito *Anales* 1, 28 se observa otra muestra de superstición cuando enviado Druso, hijo de Tiberio, a los ejércitos de Germania, y estando los ánimos especialmente excitados, un eclipse de luna vino a serenarlos. Los soldados lo consi-

deran un presagio, pensando así mismo que todo les iría bien si la luna recuperaba su brillo. Así pues *hacen resonar bronces, tubas y cuernos (igitur aeris sono, tubarum cornuumque concentu strepere)*. Se deduce, pues, que estaban convencidos de que el ruido producido podía impedir su desaparición, o lo que es lo mismo, de que podían socorrerla, ayudarle a no desaparecer.

Esta superstición se mantuvo durante mucho tiempo, como se desprende de algunos testimonios en los que aparece con toda claridad que estos ritos subsistían. Ambrosio, del que lo tomó Máximo, obispo de Turín, en una Homilía hablaba de ello, decía: *Quod cum requirerem, quid sibi clamor hic velit, dixerunt mihi, quod laboranti Lunae vestra vociferatio subveniret, et defectum eius suis clamoribus iuaret*<sup>21</sup>. Y Basilio se refiere a las ridículas creencias de que la luna podía ser arrancada de su sede y descendida a la tierra<sup>22</sup>: Pedro del Valle describe entre turcos, persas y cristianos tirios los mismos ritos que los de los antiguos griegos y romanos<sup>23</sup>.

Estos son algunos ejemplos significativos que aduzco para fundamentar mi propuesta. Los comentaristas de Tibulo al pasaje imitado por Garcilaso coinciden unánimemente. Bernardus Veronensis Cilenius<sup>24</sup> dice así: *In Thesalia homines pulsant quaecumque possunt instrumenta arripere quum magas ad carmen accinctas persentiscunt hac ratione, ne vis veneficiorum ad lunam perveniat* (podían pues ser *aera* o cualquier objeto metálico, de hierro también). Este comentarista, que leía en Tibulo *recurva* en vez de *repulsa*, los interpretaba como vasijas de cuello estrecho, tazas, crateros (*Quaecumque vasa convexa quales gutturniones, labra, crateres*). Añade los testimonios de Juvenal *Sat.* 6 (aunque se lee II), y Silio Itálico 17 (que sólo

21 *Edit. Rainandi* p. 245; cf. La Cerda *op. cit.*, p. 147, de donde tomo el dato.

22 *Hom.* 6, Hex., igualmente citado por La Cerda *ibid.*

23 *Itiner. Turcici Epist.* 14, p. 352, *Persici Epist.* 3, p. 83 citado por Broukhusius (*Albii Tibulli Equitis Rom. quae exstant, ad fidem veterum membranarum sedulo castigata. Accedunt Notae, etc. Amstelaedami 1708*) p. 168.

24 Cf. *Albii Tibulli Equitis Romani Poetae Clarissimi Elegiarum libri cum commentar. Bernardini (Cyllenii) Veronensis (Venetiae 1485)*. (La primera edición es de Roma 1475 y luego se reimprimió sucesivamente). Todos los comentarios lo son, naturalmente, de Tibulo 1, 8, 21-22.

tiene en común el servirse de bronces, aunque no en las mismas circunstancias).

Muretus<sup>25</sup> no añade nada a Cilenius. Comenta así: *Aeris enim tinnitu credebant fieri, ut ne magicorum carminum sonus ad lunam pervenisset.*

Riquísimo es el comentario del lusitano Achilles Statius<sup>26</sup> que aduce los lugares paralelos de Ovidio *Fast.*, *Med. Fac.*, Teócrito con escolio, aunque se equivoca al atribuir a Horacio el verso virgiliano de Egloga 8, 69. También aduce un testimonio de Plinio; dice así: *Misera mortalitas, velut mortem siderum pavens deliquio solis in luna veneficia arguente ob id crepitu dissono auxiliata est*<sup>27</sup>.

J. C. Scaliger<sup>28</sup> decía así: «*Veteres raro dicebant ἐκλειψιν σελήνης, sed καθαίρεισιν σελήνης*», ofreciendo además el escolio de Apolonio y los versos de Sosífanos en *Meleagro*.

Gabbema<sup>29</sup> recoge lo dicho por Escaligero y añade los pasajes de Tácito, Juvenal, Livio, así como parte de la homilía de Máximo Taurinense y la anotación de Justo Lipsio: (*Ad quem locum sequentia adnotat Justus Lipsius: Clarum exemplum vanae religionis, ad levandos Lunae labores*).

Broukhusius<sup>30</sup> afirma, refiriéndose naturalmente a los versos tibulianos fuente de Garcilaso: *Nihil notius ac frequentius et in Poesi et in Historia antiqua*; y agrega: *Plenae quoque criticorum commentatores: in quibus eminent Io.*

25 *Tibullus*. M. Ant. Mureti in eum scholia (Venetiae 1558).

26 *Tibullus* cum commentario Achillis Statii Lusitani (Venetiis 1567).

27 Plinio *N.H.* 2, 12 trata de la luna y los eclipses, de lo que se sabe de ella, de cómo se producen éstos, de quién fue el primero que divulgó la teoría de los eclipses en Roma, de quiénes dieron su explicación científica, etc.; ellos fueron los que liberaron a los espíritus de los mortales de sus temores y supersticiones. Estas son sus palabras en relación con lo último: *Viri ingentes supraque mortalia, tantorum numinum lege deprehensa et misera hominum mente iam soluta, in defectibus scelera aut mortem aliquam siderum pavente...*, aut in luna veneficia arguente mortalitate et ob id crepitu dissono auxiliante. Alude a continuación a la célebre reacción de Nicias.

28 Recogido por Graevius, *Catullus, Tibullus et Propertius ex recensione Ioannis Georgii Graevii cum notis integris Jos. Scaligeri, M. Ant. Mureti, Achill. Statii, Roberti Titti, Hieronymi Avantii, Jani Dousae Patris et filii, Theodoro Marcilli, nec non selectis aliorum* (Trajecti ad Rhenum 1680).

29 *Catullus, Tibullus et Propertius et quae sub Galli nomine circumferuntur; cum selectis variorum Commentariis Accurante Simone Abbes Gabbema* (Trajecti ad Rhenum 1659) p. 231.

30 *Op. cit.*



*Lud. de la Cerda Not. ad Virgil. 8 v. 69 Hic tibi unus omnium instar esto.*

Este autor, que no desaprovecha ocasión para ensalzar a nuestro ilustre compatriota, aduce el ejemplo de Séneca *Fedra* (él la titula *Hipólito*), el testimonio del obispo Máximo, así como que todavía en su época persistían estas creencias, como demuestra la obra de Pedro del Valle.

Vulpius<sup>31</sup> justifica estas creencias por el desconocimiento de la astronomía y por la superstición: *Vulgos antiquorum astronomiae imperitum, et anili superstitione imbutum, quotiens Luna deficeret, id sagarum artibus et cantibus acceptum referebant. Propterea cymbalorum et peluium sonitu, planetae laboranti auxilium se ferre posse ineptissime existimabant. Lunam porro in curru vectari, sicuti Solem sibi persuaserant...* Cita también los versos de Séneca 794 y Marcial 12.

Heyne<sup>32</sup> poco dice en sus Anotaciones; ofrece la lectura *recurva* que aparecía en Cilenio, prefiere *repulsa*, aunque defiende que eran címbalos los que se golpeaban en los eclipses (...*rectius accepisset de lituis aut tibia Phrygia: sed pulsabantur in lunae deliquio cymbala imprimis*); en cuanto a esto último añade los versos de Ovidio *Met.* 3, 532 y Manilio 1, 227.

Valga pues este largo y sin duda pesado *excursus* para justificar el cambio que propugno. En toda la poesía clásica aparecía junto a otros y como uno de los más importantes efectos de la magia el poder hacer descender a la luna del cielo, pero junto a ello también la posibilidad de contrarrestar el conjuro con el sonar de objetos metálicos (recuérdese términos como *auxilium lunae laboranti, adiuvari, succurrere*, etc., que han ido apareciendo reiteradamente). El texto de Garcilaso procede directamente de Tibulo; Garcilaso conocía perfectamente la poesía clásica, como muy bien demostraron los comentaristas antiguos y como queda muy claro en el excelente trabajo citado de R. Lapesa<sup>33</sup> entre otros. Y es imposible que del cálamo de Garcilaso

31 *Tibullus et in eum J. Ant. Vulpii novus commentarius diligentissimus* (Patavi 1749).

32 *Tibullus. Carmina LL III Cum libro quarto Sulpiciae et alior. novis curis castigavit* Chr. G. Heyne, ed. tertia (Lipsiae 1798).

33 Cf. R. Lapesa, *op. cit.*, especialmente cap. II.

podiere proceder el endecasílabo que se ofrece en las ediciones, ya que en ningún lugar se alude al carro de la luna como responsable de obstaculizar el que se oyese las palabras de los magos o hechiceras.

Antes de concluir quisiera llamar la atención sobre una aparente contradicción: el endecasílabo que Fonseca leía ofrecía la palabra *hierro*, sin embargo en la casi totalidad de los textos aducidos para justificar, por su ascendencia clásica, el cambio del verso 1085, se ofrece en latín *aera*, bronce. Y es el por qué de esta sustitución lo que intento ahora justificar.

1. *Aera* es la palabra que se repite en latín; evidentemente se hacía ruido con bronces, y una vez elegido y acuñado el término en la poesía latina, casi con seguridad por Tibulo, se repite éste en pasajes similares.

2. No sólo bronces sino también otros metales se usaban, entre ellos naturalmente el hierro, como puede verse en Alex (nota 18), de *crepitu dissono* habla Pinio (nota 27), a *pelues* y *tintinnabula* alude indirectamente Juvenal, a objetos metálicos se refiere J. L. de la Cerda.

3. Con toda seguridad en la época de Garcilaso ruidos con éste o con otro fin se harían con hierro (espadas, cencerros, armaduras, arados, etc.).

4. Garcilaso no consideraría atrevida esta sustitución, causada quizá por la mayor actualidad del hierro, o porque *hierro* le pareciese palabra más eufónica que *bronce*, o buscando la repetición de sonidos (diptongo *ie* más vibrantes) sugeridora quizá de los mismos ruidos; (por otra parte, *metales* y no bronces traduce Herrera).

5. Como quinta posibilidad, aunque eso sí, hipótesis pura y simple, podría pensarse que Garcilaso escribiese *bronce* y que *hierro* fuese una variante de otra mano introducida después por un tercero en el poema.

El verso, en fin, que defiendo como sustituto del prosaico e inexacto que aparece en las ediciones, no goza tampoco de un alto valor poético (cosa por otra parte nada extraña, ya que versos prosaicos no están del todo ausentes en la obra del toledano), pero sin embargo nos muestra

la fidelidad a la tradición clásica de Garcilaso, de la que es deudor y eximio representante. El verso garcilasiano, pues, no es otro que:

*El son del hierro que en la tierra había*

como muy bien leyó Fonseca y Figueroa de un manuscrito corrupto de D. Diego Hurtado de Mendoza y que transmitió ya en 1622 Tamayo.

A las *palabras*, a los *carmina* o conjuros, se oponía el sonido del hierro que intentaba ayudar a la luna. Gracias a él aquel hombre que habitaba *en la ribera verde y deleitosa / del sacro Tormes, dulce y claro río, donde había una vega grande y espaciosa*, no alcanzó lograr su mayor propósito.

FRANCISCA MOYA DEL BAÑO  
Universidad de Murcia